



MIGUEL DELIBES, considerado como uno de los nuevos valores de la literatura española. Acaba de publicar "Mi idolatrado hijo Sisi", novela que ha suscitado vivas polémicas.

libro a sus fieles, — Miguel Delibes, uno de los mejores novelistas españoles de hoy, ha compuesto una obra a la que sólo puede reprochársele su desenlace negativo. En cambio, el contenido es de una densidad muy poco frecuente en la literatura española de nuestros días. Defendiéndose frente a los ataques de que ha sido objeto, Delibes ha recordado muy justamente que los padres como Don Cecilio Rubes abundan todavía en España. Es para llevarlos a la razón y no para exhibirlos como modelo que Delibes ha escrito "Mi idolatrado hijo Sisi".

Los que han acusado a Miguel Delibes de haber renunciado en su novela a "toda expresión de elevación moral", serían quizás excelentes Cecilios Rubes en la intimidad. El problema, como se sabe, no es nuevo. Y en España como en otras partes, el coraje de un Miguel Delibes, que no vacila en designar a las cosas por su verdadero nombre es, naturalmente, susceptible, más que de herir determinadas susceptibilidades, de lastimar ciertas hipocresías.

LOS PROYECTOS DE LOS EDITORES ESPAÑOLES PARA 1954.

Hemos entrado al nuevo año y al propio tiempo a un período de intensa actividad de los editores españoles.

Las casas editoriales prometen al público una serie de obras monumentales. Las ediciones Noguer — una casa nueva que ha conquistado rápidamente bastante notoriedad — publicarán, por ejemplo una HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA, obra de los profesores de la Universidad de Barcelona, Martín de Riquer y Antonio Vilanova, vasto panorama de las letras internacionales a través de los siglos, enriquecido con abundantes comentarios críticos. Noguer editará también una Historia del mueble español, que inaugurará una nueva colección de volúmenes de arte.

Las ediciones Gredos, de Madrid, tienen igualmente grandes planes. Anuncian la próxima publicación de un Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana, en cuatro tomos, de un millar de páginas cada uno, debido a Juan Coromines. Gredos tiene también, entre otros proyectos, la publicación de dos importantes antologías de la poesía española y de tres Crónicas de España, preparadas por el insigne académico Don Ramón Menéndez Pidal, con las cuales será lanzada una Biblioteca hispánica.

En el programa de Ramón Sopena, figuran varios diccionarios; en el de Luis Miracle, una colección de obras de psicología infantil (35 volúmenes) y en el de Gustavo Gili, numerosas obras de carácter técnico y científico.

(Concluye en la penúltima página)

Europa en punto

"DONDE PISA MI CABALLO...."

Si Roma es madre de todas las fuentes, Londres es padre de todos los parques. Nada más sorprendente para el visitante que la extraordinaria ciudad de Londres, sus amplias arterias, sus casas bajas y su cielo luminoso, su resplandeciente cielo de otoño, desconcertante para el que tiene una idea gris de la ciudad. Pero sobre todo ello, sus parques. Parques donde no asoman tras de los árboles aquellos hombrecillos de vestimenta pintoresca que pueblan el parque del Oeste de Madrid, como gnomos (ahora debe escribirse nomos) de la ley, ni donde existe sobre el césped o clavado contra un tronco de árbol, el clásico letrerito de nuestras plazuelas "prohibido pisar el césped". Nada más extraño — extraño para mí, que vengo de España o del Perú — que comprobar cómo los niños ruedan, corren, resbalan sobre la hierba, y más allá un desconocido sueña — ojos arriba, ojos abajo, — tranquilamente, sin preocuparse por los guardas. Eso es lo natural. Un parque no sólo es un elemento decorativo dentro de una urbanización metropolitana. Un parque es algo más que un rectángulo verde donde sólo puede descansar la vista. Además de ser el gran pulmón que empuja el aire limpio a las arterias de la ciudad, es también el lugar de recreo de los niños — acordaos de los niños, señores funcionarios, dejad que los niños jueguen sobre la hierba — por eso me sorprendió ver en el Hyde Park no solamente niños, sino manifestaciones, partidos políticos sobre el césped, gente sentada, gente parada, gente echada, gente dormida a cuerpo suelto. Y no era domingo. Me pareció, al principio, un crimen que se hollara así la hierba, pero más tarde comprendí que esos prejuicios los arrastraba desde la infancia. Porque pisar la hierba para un niño del Perú debe ser — es — un imperativo vital, sobre todo si se está junto a ella y sólo hay que contentarse con mirarla desde una banca dura y roída. "Prohibido pisar el césped bajo pena de cárcel o multa". Muchos no tienen miedo a la cárcel, pero a la multa sí. Porque el dinero no sobra tanto como para pagar un "capricho" tan natural. Nuestros parques — los parques de la Ciudad Jardín — a pesar de los letreros, a pesar de los guardas o jardineros, se ven como mordi-



dos, como roídos en grandes manchas de tierra deshierbada. ¿A qué, a quién culpar? Sin embargo, los parques, ya no de Londres, sino de Europa, son verdaderos parques públicos, parques para sentarse, para correr, para dormir, para auscultar los latidos de la madre tierra. Así lo comprenden ellos. Porque después de siglos, la hierba ha borrado las huellas del caballo de Atila. Triunfo herbáceo, vegetal, que ellos han sabido aprovechar, dejando a los niños gozar sobre el césped. Por eso, los parques de Londres, especialmente, son algo más, mucho más que un trozo de hierba verde, matemáticamente recortada, limpia, brillante, y algo más que un pulmón purificador. Los parques de Londres, como todo en la Naturaleza, tienen una función específica, una razón de ser. El aspecto decorativo lo ha inventado el hombre, porque lo decorativo es en última instancia lo superfluo, lo prescindible, y si alguien sugiere que lo decorativo tiene alguna función, pues será la de agrandar superficial y simplemente. De modo que nuestros parques son simple y llanamente grandes espacios decorativos "que sirven para el ornato de la ciudad", "para el embellecimiento de la ciudad" y ¡claro! está prohibido todo atentado contra ellos, todo atentado natural como lo es el reclinar en la hierba, derecho ancestral del hombre, y más aún, del niño. Y lo más curioso de todo esto es observar que todavía con todos estos preceptos, muchos, — la mayoría — de nuestros parques o plazuelas están perfectamente mal cuidadas, como si el sólo letrerito fuera a impedirlo. Todo esto resalta más ante nuestros ojos, acostumbrados a ver y a gozar viendo cómo cadenas de niños se desatan y anudan alegremente bajo cielo y sobre la hierba de un gigantesco parque, de un parque que no tiene barrotes como los zoológicos, porque tal vez allí se han dado cuenta de que el césped no muerde, de que el césped es manso y humilde de corazón, de que el césped está en relación directa con el espíritu, de que el césped es más fuerte que los cascos. Por eso protesto en nombre de la infancia. Es un atropello al derecho infantil porque la hierba no sólo se ha hecho para comerse. Salvo que venga por ahí un poeta puro y nos diga "Prohibido pisar la sombra de los árboles". Y entonces no sé si estaremos peor o mejor. Pero alguien — ¡ay, alguien! — me dice al oído que debemos felicitarnos, aún con todo eso, porque día llegará entre nosotros, que exista un gran letrero en cada esquina y un gigantesco policía señalándolo rígidamente: "Prohibido pisar el suelo". Todo es posible.

A L E J A N D R O R O M U A L D O